

Universidad Tecnológica de El Salvador

El dilema de la sociedad salvadoreña

El dilema de la sociedad salvadoreña

POR: JORGE BARRAZA IBARRA*

Frecuentemente decimos que vivimos en una sociedad en crisis, posiblemente se quiera pensar que con mayor acierto es una sociedad en transición, y que las crisis son los medios para evolucionar o revolucionar caducas estructuras que no resisten las necesidades que impone un nuevo marco de valores, el establecimiento de diferentes relaciones entre los varios estratos de la sociedad, los nuevos intereses de los grupos dominantes, o las expectativas establecidas por el poder en ese complejo marco de objetivos globales y trascendentes, que le dan carácter a la dirección de la Nación.

Cabe considerar también las influencias externas, los campos de acción que en el curso de la Historia las naciones dominantes imponen, en su carácter de centros hegemónicos, a los pueblos de la periferia. Por regla general, hoy igual que ayer, pequeños grupos elitistas de nuestras sociedades se adhieren a formulaciones elaboradas por y para beneficio de otras naciones, de sistemas económicos distintos, que por regla general se adjudican el derecho de definir el horizonte y las condiciones de vida de grandes sectores de población al margen del desarrollo y en oprobiosas condiciones de pobreza. Ayer fue la Anexión a México, al Imperio de Irubide; hoy es la sujeción a los requerimientos de la Globalización y la economía de consumo, que no son de rechazar en sí mismas, sino de preguntarnos sí como país nos adherimos a ellas en una adecuada perspectiva histórica.

Los acontecimientos que caracterizan la realidad social, económica y política de nuestro país en los últimos años exigen reflexiones profundas sobre el de-

venir que hoy estamos construyendo. La responsabilidad no puede ser dejada en manos de los gobernantes de turno, mucho menos de los políticos de partidos y de los intereses económicos y financieros de pequeñísimos grupos que controlan una increíble cantidad de recursos de la sociedad, y que por ello se atribuyen el derecho de determinar que es lo que conviene a la sociedad como un todo. Al final de cuentas, el precio del deterioro económico y social de un pueblo lo pagan generalmente los pobres, los que no pue-

El problema de la sociedad salvadoreña es actualmente una crisis de poder, posiblemente de hegemonía en el ejercicio del mismo, en función de intereses de grupos económicos, clases y privilegios. Esta lucha ha desvirtuado el papel de la autoridad como expresión del poder, de la legitimidad de las acciones políticas y la gobernabilidad del país

den irse a vivir a otro país por que no tienen nada, los que deben convivir diariamente con la violencia, con la delincuencia, con las epidemias y las pocas esperanzas de mejorar la calidad de su vida.

Visto de este modo, la sociedad salvadoreña enfrenta una crisis en sus dife-

rentes órdenes. La transición esperada puede ser positiva o desafortunada dependiendo del carácter y sentido de las reformas; después desandar el camino tiene también otro precio que deberá ser pagado por todos.

Por ello, los sectores representativos de la sociedad no pueden ni deben evitar expresar sus opiniones y sus recomendaciones hoy. Mañana puede ser muy tarde. Y en este momento, los Centros Superiores de Enseñanza como son las universidades tienen una voz autorizada, respaldada por su misión social, por su calidad institucional, y por su trascendencia en el tiempo.

Creo firmemente en la democracia que nace de la manifestación de las voluntades ciudadanas, en la libertad que se afina en el respeto al hombre en todas sus expresiones civiles, en la justicia como norma de convivencia entre grupos sociales disímiles y en el derecho ciudadano a vivir en paz y con bienestar.

Basados en este marco queremos compartir una visión de país para el siglo XXI, enfrentando el reto en los requerimientos cualitativos de la nueva formación social más que en las recomendaciones cuantitativas, sobre las que ya se ha abusado suficientemente sin resultados.

Pensamos que cada vez más hay un divorcio entre el discurso y los hechos, entre intenciones y realidades, entre lo que se pretende mostrar y lo que verdaderamente se oculta. Vivimos inmersos en conductas de doble moral en la que se abusa del poder y la impunidad campea en todas sus formas. Hay una evidente crisis ética que debe ser denunciada, que impide la consecución

El Cristianismo sigue considerando que la sociedad es un hecho natural perovincula la idea de auroidad a Dios y su reino. En Maquiavelo, la sociedad es también un hecho natural, pero el poder es producto de la "virrú" del Príncipe. Desde Hobbes hasra Rousseau la sociedad es conrracual, y el conrrato social es la forma mediante la cual los hombres escapan del terror del estado de naturaleza a una sociedad civil ordenada por el soberano. En el siglo XVIII Rousseau desarrolla la teoría del conrrato social en donde la preservación de los derechos individuales experimenta una variación de sentido; con ello se hace compatible la libertad individual con las exigencias de la vida colectiva y de la adminisrración de la sociedad.

Con John Stuarr Mill y Benrham, se rechaza la teoría del derecho natural y el conrrato social para afirmar el concepto de sociedad en los derechos individuales; el poder se encarga de la defensa de los derechos del individuo y esta defensa se legitima en la formación del "Estado gendarme". Posteriormente para Hegel la derentación de la propiedad genera desequilibrios estructurales dentro de la sociedad civil en función de privilegios de clase y del azar. El estado debe tener una acritud "rransclasista", con poder suficiente para regular los conflictos sociales según los intereses generales de la sociedad misma. Para Augusto Comte, las relaciones sociales son puramente objetivas y deben ser estudiadas como una física de la interacción humana.

Modernamente se conciben dos enfoques: el funcional y el dialéctico. Para el modelo funcional el problema de los factores dererminantes del vínculo asociativo se resuelve en una coparticipación de los miembros de la sociedad en un sistema común de valores, y para el modelo dialéctico es el conflicto y no el consenso la realidad última de la vida social. Las reglamentaciones sociales son producto de la coerción, y

las estructuras sociales son determinadas por la situación de los grupos en la sociedad y no por valores.

Finalmente es posible presentar una concepción dialéctico-funcional, que expresa que la autoridad como fenómeno social tiene origen y fundamento funcional, que resulta de la necesidad de coordinación de la acción colectiva, pero la necesidad de institucionalización de la autoridad genera dialécticamente una división social del trabajo estructurado en clases y una preservación coercitiva de los privilegios.

La desigualdad social obedece fundamentalmente a dos factores: uno, de carácter económico, que explica cómo la formación de excedentes económicos, en virtud de la estratificación social, es apropiada por la élire en detrimento de los demás estratos. Y el otro, de carácter político, que apunta a la formación de una élire política que se apropia del poder y de la manipulación de sus mitos legitimadores, que por esa vía sanciona el orden social que asegura la desigualdad. En las sociedades tradicionales se confunde con la política y en las sociedades modernas se coordina íntimamente con ellas.

Al final se requiere del establecimiento de una relación armónica entre intereses y valores, de tal forma que se acerquen los intereses siruacionales de clases, grupos y demás sectores de una sociedad estratificada con las paaras valorativas que prevalecen entre los diferentes sectores de una sociedad, teniendo en cuenta dichos intereses situacionales.

La dialéctica del poder

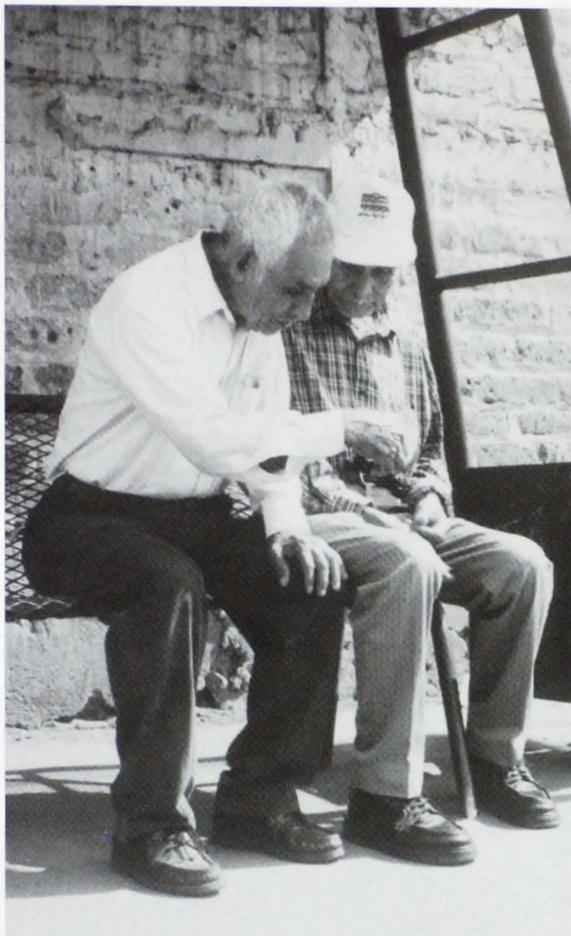
El ejercicio del poder se encuentra en la base de los llamados sistemas democráticos, pero también está presente en los otros sistemas. El Estado burgués expresó su interés en la exis-

tencia de la propiedad privada; las relaciones capitalistas de producción enfatizan en las relaciones contradictorias entre clases sociales, el Estado es enronces una institución necesaria en la medida que organiza y garantiza las relaciones de dominación y desigualdad.

De acuerdo con Norberr Lechner, el desdoblamiento de la sociedad en sociedad civil y Estado tiene dos efectos: el primero es lograr la objetivación del poder coercitivo en un estamento especial y especializado, el segundo, confiere a las relaciones capitalistas de producción la característica de un proceso natural, diluyendo la imagen de una dominación de clases.

Para John Kennerh Galbraith, la dialéctica del poder y su ejercicio enfrenado, es un proceso que afecta íntimamente al Estado moderno. Sectores, grupos o individuos, buscan el apoyo del Estado para obtener la sumisión de otros o para resistir al ejercicio del poder por parte de otros. El poder deviene de una relación empírica, según Lechner el caudillo construye su poder en base a su iniciativa personal, y el empresario siguiendo el pensamiento de Galbraith la construye sobre las fuentes que le garantizan la existencia de su poder: la propiedad, la organización y la personalidad, entendida esta última como auroidad de la imagen o el reconocimiento al valor ético de quién la ejerce.

El problema de la sociedad salvadoreña es actualmente una crisis de poder, posiblemente de hegemonía en el ejercicio del mismo, en función de intereses de grupos económicos, clases y privilegios. Esta lucha ha desvirtuado el papel de la autoridad como expresión del poder, de la legitimidad de las acciones políticas y la gobernabilidad del país, consideradas como requisitos necesarios para establecer el ambiente que



requiere la construcción de una nueva sociedad.

La construcción de esta nueva sociedad requiere también del establecimiento de una nueva ética, de un marco de valores que dé consistencia a las acciones. Nos referimos a principios, normas y reglas de comportamiento, consistentes con las aspiraciones de la sociedad en democracia, que se encuen-

tra muy lejos del concepto del discurso de los políticos de partido o de los intereses de los grupos dominantes que, por medio de sus influencias en el aparato del gobierno, imponen su visión como legítimamente valedera sobre el resto de grupos de la población. Significa que si los comportamientos de ciertos sectores de la sociedad no responden a la visión de las elites, gracias a imponentes aparatos de conducción de

la opinión pública son calificados de antidemocráticos, opuestos al progreso y responsables directos de los problemas sociales.

Por otra parte, también se publicitan posiciones de poderosos grupos de presión a favor del correcto pago de los impuestos, del combate al contrabando, del respeto al estado de derecho, de la abolición de la impunidad, de la transparencia y libertad de mercado y otra serie de valores éticos, que frágilmente se rompen o se ignoran cuando al otro lado de la mesa, se requiere afirmar el compromiso en las decisiones personales y empresariales. La doble moral se ha convertido en una constante social.

La óptica del "economicismo"

La fuerza, el poder y la coacción parecen ser objetos congénitamente extraños a la ciencia moderna de la economía; ya sea que la fuerza, el poder y la coacción se ejerzan de forma intencionada o no, en la realidad, dentro del marco de instituciones, con ocasión de acontecimientos transitorios, o por efecto de una estructura duradera, generalmente son ignorados en el análisis económico de las sociedades.

Con cuanto abuso se acude al lenguaje de la economía para definir el rumbo y las metas de la sociedad envolviendo en guarismos, el drama humano y desolador de las sociedades pobres. Definimos el crecimiento de la economía en términos de porcentajes de crecimiento anuales del Producto Interno Bruto (PIB), pero olvidamos qué porcentaje de nuestros habitantes permanecen sometidos a un régimen de economía infrahumana; nos ufamamos de que nuestro PIB per cápita es superior al de Uganda, Somalia y muchos otros de los países del Tercer Mundo pero queremos ignorar las tremendas desigualdades de ingresos entre nuestros

educación, en el empleo, en la salud, en la vivienda, en fin, en todas las manifestaciones de una vida digna.

Una mística clara de propósitos, un grupo de "ideas fuerzas", como las denomina Perroux, que den sentido a las acciones individuales y colectivas en función de aspiraciones concretas.

La corresponsabilidad en la construcción de nuestro destino social; si compartimos la responsabilidad social de nuestros problemas también debemos compartir los esfuerzos para llegar a donde queremos ubicar nuestra realidad social.

Y finalmente, el combate sin tregua a los antivalores sociales: la corrupción, la prepotencia y la soberbia como instrumentos de poder, el autoritarismo, los nepotismos, el tráfico de influencias, la demagogia, el partidismo político, y todo el resto de endemias que actualmente abruma y entorpecen el desarrollo de una libertad en democracia.

Valores conforme a las posiciones políticas

Abundantemente, los funcionarios del actual gobierno y los grupos económicos predominantes, incluidas sus instituciones y mecanismos de presión, se jactan abiertamente de pertenecer a la derecha. Esto dicho con satisfacción y sin ambages.

Por tal razón el análisis debe partir de la premisa general que el gobierno representativo del partido de derecha Alianza Republicana Nacionalista (ARENA), y los grupos hegemónicos de poder, comprendidos en este sector, pertenecen y son parte de una forma de pensar y actuar, tradicionalmente calificados como "la derecha".

En ningún momento esta calificación tiene un sentido peyorativo o negativo; en el campo de las ideas políticas no se pueden aceptar generalizaciones

absurdas, y mucho menos, valoraciones éticas de buenos y malos.

En la construcción del discurso político de la derecha se presume una conciliación de las corrientes neoliberales y neoconservadoras. Para la corriente neoliberal en el centro se encuentra el "homo economicus", el individuo privado, autónomo y emprendedor, que elige libremente entre una gama de alternativas para maximizar las utilidades de su participación en el mercado. En esta corriente hay una reafirmación de la libre empresa, la propiedad privada y el Estado no intervencionista.

Por su parte, los neoconservadores agregan al concepto anterior algunas tradiciones reafirmando el papel de la familia, algunos valores religiosos, y una óptica de nación, contribuyendo a cohesionar a muchos actores atomizados y privatizados por los vaivenes del mercado.

A grandes rasgos, la propuesta de estos grupos es devolver al individuo el protagonismo en las decisiones económicas y sociales que le conciernen, y en segundo lugar, garantizar la eficacia de las instituciones del Estado deformadas por la visión del "Estado Benefactor".

Sin embargo, este enfoque tiene severas contradicciones, pues en una sociedad de consumo, con una cultura del narcisismo, las ideologías del individualismo no tienen cabida porque son un obstáculo para la acumulación de capital, dados el desarrollo y concentración del gran capital y la masificación del trabajo asalariado.

Por otra parte, los continuos retos que plantean los movimientos ecologistas, feministas, antirracistas y otros, generan contradicciones profundas entre los paradigmas del mercado y la pervivencia de los valores sociales, como la justicia, la igualdad de oportu-

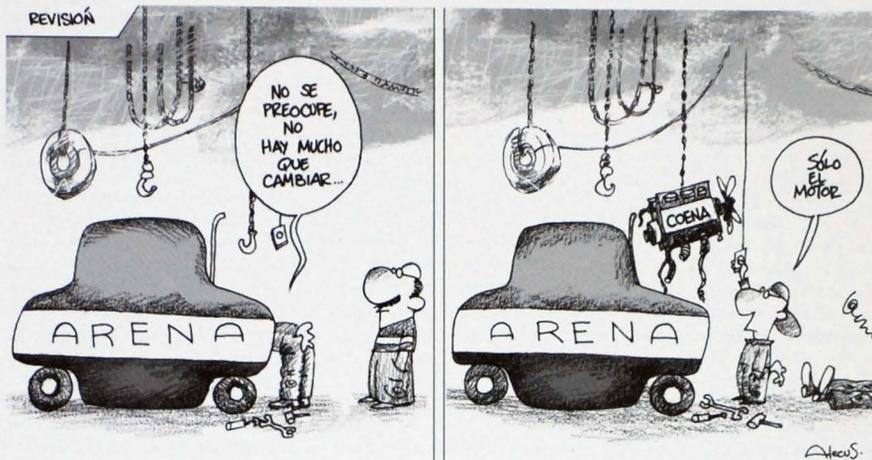
nidades, y la preservación del medio ambiente.

¿Cómo se origina el término derecha? Nace con la Revolución Francesa, aplicada por primera vez a la política, cuando la Asamblea Constituyente inicia sus trabajos en 1792. Los diputados se hallaban divididos en dos grupos: los de la Gironda, que se hallaban a la derecha del Presidente, y los de la Montaña, situados a la izquierda. Los girondinos eran los defensores de restaurar la legalidad y el orden monárquico, mientras que los montañeses, situados a la izquierda, propugnaban por un estado revolucionario, el cual, después de anular a los girondinos, se convierte en lo que se conoció lamentablemente, como el Terror.

Se produce así una identificación de la izquierda con la radicalización revolucionaria, y la derecha, en una representación de la defensa del status quo. Sin embargo, a pesar del escepticismo de muchos politólogos, se sigue utilizando la vieja distinción de izquierdas y derechas. Resulta fácil el manejo de comodines equívocos, reducciones simplistas basadas en antecedentes históricos, muy poco realistas en el complejo mundo de las ideas del presente.

En El Salvador los llamados grupos de izquierda nacen bajo el amparo del Marxismo en su concepción teórica, confrontando a los grupos con hegemonía económica y política que, durante prolongados períodos, impusieron las reglas de juego en un sistema económico precapitalista, de carácter agroexportador, con evidentes injusticias sociales que constituían la base de la acumulación de capitales y riquezas. Contaban además con el concurso de cuerpos represivos, de carácter militar, que eran la garantía y el soporte del sistema. Indudablemente todo lo que se opusiera al estado de cosas era calificado "de izquierda", "comunista", "enemigo de la democracia".

El dilema de la sociedad salvadoreña



Los puntos álgidos de esta confrontación de intereses se dan en la llamada Revolución Campesina de 1932, y después en la guerra civil que desbastó el andamiaje social a partir de la década de los 80. Nació el FMLN y su apareamiento marcó muchas expectativas, especialmente en sectores de la población que durante décadas no habían tenido ninguna posibilidad de manifestarse. La lucha entre el ejército y la guerrilla fue frontal y a muerte; pese a los grandes recursos utilizados por los gobiernos norteamericanos en esta confrontación, a favor de los gobiernos de turno, los resultados fueron magros y se tuvo forzosamente que conciliar ante un virtual empate.

El FMLN se identifica entonces con los grupos populares pobres, injustamente marginados por el sistema, y el término de izquierda se convierte en sinónimo de justicia social, de protección de los débiles contra los fuertes, de revolución para renovar caducas estructuras económicas y políticas.

Los Acuerdos de Paz convirtieron al FMLN en un partido político y lo insertaron en el llamado juego democrático; sin embargo la impresión general

es que en ese cambio de situación lo castraron, lo sujetaron a una camisa de fuerza, en donde los grupos de derecha han sido más asurios para utilizarlos en el supuesto juego democrático.

La práctica usual de caracterizar derechas e izquierdas consiste en adscribirles valores diferentes, generalmente contrapuestos, vinculadas con apreciaciones éticas sobre lo bueno y lo malo. No hay que olvidar que el liberalismo fue la izquierda de mediados del siglo XIX, contrapuesta a una derecha confesional sostenida en sentimientos religiosos. Es forzoso concluir que las nociones de izquierda y derecha son relativas, y en el campo de la política, sus contenidos han cambiado, incluso polarmente. Los centros son aún más inciertos y movedizos; y estas tres categorías solamente pueden ser caracterizadas en un tiempo y un espacio.

Con fines pragmáticos conviene reconocer que la ideología está inserta en un sistema de prácticas sociales, materiales, que se encuentra en continua renovación y modificación, a la vez que es resistida y puesta en crítica, en el contexto de unas relaciones de poder. Es en este ámbito, que se intenta el aná-

lisis de las luchas y la crisis de poder en el Estado salvadoreño para una etapa, que manifiesta factores de inflexión en el año 2003.

La concepción del modelo salvadoreño

De boca de sus promotores y de defensores, el modelo neoliberal aplicado por los tres últimos gobiernos del partido ARENA, descansa en los siguientes principios:

- el fortalecimiento de la empresa privada, como soporte fundamental del sistema;
- apertura de la economía hacia fuera, por medio de varios instrumentos tales como: los Tratados de Libre Comercio, el fomento de las exportaciones, especialmente de maquila; y la inversión extranjera; además de
- insertar al país en el proceso de globalización, impulsado por los países desarrollados y las grandes transnacionales.

Se supone que son elementos indispensables para el funcionamiento del pleno ejercicio de las leyes del mercado,

el incremento de la competitividad basado en la productividad marginal de los factores productivos, en el papel primordial de la empresa privada como conductor de los intereses de toda la sociedad, en el marco de un sistema democrático, defensor de todo el andamiaje neoliberal.

En esa vía se ha vendido el paradigma de que el Estado es un mal administrador, que solamente la empresa privada es eficiente, y que éste, como bien lo expresa Gerard Colm "el Estado es un mal necesario, cuya influencia debe ser reducida exclusivamente a funciones de policía y a garantizar la integridad del territorio". En síntesis, la definición del Estado gendarme.

Las recientes elecciones para Alcaldes y Diputados, han puesto a reflexionar obligatoriamente a las elites políticas y empresariales del partido de gobierno, frente a una votación que, de acuerdo con mi propia apreciación, es un voto de rechazo a tres períodos de gobierno "derechista" y a la desaprobación de un modelo económico, que a pesar de los casi quince años de implementación, ha provocado un deterioro sensible en las condiciones de vida de las clases medias, bajas y de extrema pobreza de nuestra población.

Si las elecciones presidenciales hubieran sido en el presente año, ARENA habría perdido, echando por tierra sus aspiraciones de un cuarto período consecutivo en el ejercicio del poder. No es este el momento adecuado, pero vale mencionar marginalmente, que la democracia lleva implícita la alternancia del poder para evitar la institucionalización de esquemas, que pese a sus yerros, se convierten dogmáticamente en la exclusiva solución de los problemas de los pueblos.

Y creo, que más que en el recambio de personas, debe reflexionarse muy seriamente en la vigencia de los dogmas es-

se ha vendido el paradigma de que el Estado es un mal administrador, que solamente la empresa privada es eficiente. Que el Estado es un mal necesario, cuya influencia debe ser reducida exclusivamente a funciones de policía y a garantizar la integridad del territorio

tablecidos a nivel mundial por los intereses de las grandes empresas y los voceros de las tradicionales instituciones, como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y el BID, que tradicionalmente han impuesto sus formulaciones de política económica a nuestros países, sin importar el sacrificio y los sufrimientos de los pobladores de las naciones pobres. Es difícil aceptar, hoy en día, pronunciamientos de esas instituciones reconociendo los errores de sus fórmulas salvadoras, que tanto daño han hecho en América Latina, desde Argentina hasta las débiles economías centroamericanas.

El presente trabajo pretende identificar algunos elementos del modelo salvadoreño, que a nuestro juicio, deben ser examinados en un esfuerzo por construir soluciones viables para problemas dinámicos, en los campos económicos, sociales y políticos.

El Salvador arrastra, desde hace muchos años, problemas de carácter estructural que se han agravado y revestido con nuevas características en los últimos tiempos; entre ellos el desempleo, en todas sus acepciones, ha adquirido dimensiones críticas proclives a estallidos sociales y a la pérdida de la gobernabilidad. Este desempleo condiciona una pérdida de poder adquisitivo interno, que se acepte o no, esta influyendo en los niveles de demanda interna hacia las empresas nacionales.

Esto repercute en el lento crecimiento de la economía y su pérdida de dinamismo. Ingenua y superficialmente, muchas empresas han sido ilusionadas por la visión de las ventas en mercados extranjeros, más grandes y más ricos; pero sin duda la competencia en esos mercados requiere de precios competitivos, modernas técnicas de mercadeo, y la lucha contra productos más baratos y de mayor calidad. Pareciera que se ha olvidado que las empresas exportadoras en nuestros



inconvenientes, hace pocos meses. Es cierto que nuestro pueblo tiene mala memoria, pero el hambre y las injusticias todavía aguijonean los resentimientos de las clases populares.

Otra modalidad de la que abusó el partido de gobierno consistió en la imposición por la ley de la mayoría simple, de disposiciones impopulares, que también tienen mordiéndose la lengua a sus flamantes diputados. Los compromisos y acuerdos partidistas, éticamente discutibles y políticamente despreciables, han puesto en evidencia pública la hermandad del sistema partidista, especialmente de aquellos que en absoluto representan los intereses populares y que se enquistan en la Asamblea Legislativa, gracias a un deformante sistema de residuos y los vicios de un sistema electoral que ha perdido toda credibilidad entre los ciudadanos. De no ser así, no podrá explicarse el creciente nivel de ausentismo con que la población califica de hecho, la farsa de la democracia.

El partidismo político, como instrumento del sistema, está acabando con el sistema mismo, mientras en el seno del primer Poder del Estado la honestidad, la responsabilidad social y la transparencia, no se demuestran en cada una de sus actuaciones.

La impresión de muchos ciudadanos, es que el Presidente de la República en el ejercicio de su autoridad, ha dado muestras de un exceso, algunas veces abuso de autoridad, evitando cualquier clase de concertación con los demás sectores del entorno político. Si se tiene la razón, es muy fácil demostrarla; pero si no se tiene, es una grave responsabilidad del poder ignorar alevosamente las razones de los otros; esto ya no es democracia, es una dictadura disfrazada. Pero de todas formas es muy triste, y poco conveniente para la estatura del poder, volver a digerir las posiciones dando marcha atrás, obligado por las circunstancias.

Las próximas elecciones presidenciales están más cerca de lo que se cree; en el nivel del ejercicio del poder, todavía hay temas que merecen ser estudiados muy cuidadosamente; ellos son: la carencia de ética en el ejercicio del poder, el papel obsoleto de la partidocracia, la urgencia de renovar el sistema electoral, la utilización de la corrupción como instrumento de poder y como pago a las lealtades partidarias, la concertación como norma del sistema democrático, y el abandono de los radicalismos fanáticos de derecha y de izquierda en la consideración de los problemas nacionales y sus soluciones.

Joaquín Estefanía, en un artículo publicado llamado "*El fin de la permisividad*" expresa: "Puede haber capitalismo sin democracia —lo fueron la España de Franco o el Chile de Pinochet—, pero no al revés. Lo ha teorizado Amartya Sen y lo corrobora la historia. Para que funcione este nudo gordiano de nuestras sociedades, ambos términos deben mantenerse en un cierto equilibrio. En sus virtudes y en sus defectos." Pero vivimos en un sistema deforme, muchas veces con un brazo más vigoroso que el otro; y también, confundidos ambos brazos, jalando hacia un solo lado.

La agenda pendiente

El futuro de la Nación cuenta con una agenda pendiente: en primer lugar está la solución de nuestros problemas estructurales, hartamente denunciados y definidos por diversos sectores de la sociedad. Entre ellos la potenciación de los sectores productivos: el agrícola, las industrias, las pequeñas y microempresas; están también las fórmulas para abatir el desempleo y la pobreza generalizada, la educación moderna y competitiva en un sistema global, el bienestar de la población mediante una equitativa y justa redistribución del Ingreso Nacional; la protección y desarrollo medioambiental,

el uso adecuado de nuestros recursos naturales, la implementación de una política de polos de desarrollo, considerando las fortalezas de cada región de nuestro territorio, el crecimiento poblacional, la seguridad social y provisional, el fomento en el desarrollo de una inversión nacional, competitiva y rentable. Posiblemente dejemos otros aspectos en el tintero, que serán adecuadamente agregados por los responsables de la política.

Pero también hay otros puntos, coyunturales, que pueden servir para dar consistencia al esfuerzo de la democracia. Aquí apunto: el problema médico hospitalario, que en el momento de escribir este artículo, lleva siete insufribles meses sin que se vea la voluntad política para resolverlo; el alto costo de la vida ocasionado por privatizaciones muy lejos de la transparencia publicitada por el gobierno, entre ellas, la energía eléctrica y el servicio telefónico; el insoluble problema del transporte, la agonía de los cafetaleros y las salomónicas soluciones de los bancos del sistema, el futuro del anillo periférico, los secuestros, la explosión de la ola delincinencial, la migración hacia Estados Unidos, y la aparente apatía de los representantes del partido de gobierno hacia las necesidades de la población.

Touraine sostiene que si nos sometemos hoy a los intereses de un capitalismo abusivo, sin cohesión y solidaridad, estaremos preparando un siglo XXI todavía más violento y militarista de lo que haya podido ser el siglo XX.

Los políticos, de profesión y de coyuntura, preparan sus próximos escenarios; pero el voto popular tendrá la última palabra. Pareciera que la consigna del día es "No equivocarse".

** Jorge Barraza Ibarra, es economista y actual director del Departamento de Investigaciones de la Universidad Tecnológica de El Salvador.*